

30 de mayo

BEATO SANTIAGO FELIPE BERTONI, SACERDOTE O.S.M.

### Memoria obligatoria

*Nació en Celle de Monte Chiaro, de la diócesis de Faenza, el año 1454. Sus padres, en virtud de un voto que habían hecho, lo consagraron a Dios a la edad de nueve años en la Orden de los Siervos de María. Destacó por el espíritu de oración, por el fervor de la penitencia, por el amor a la sagrada Escritura y a las obras de los santos Padres. Ordenado presbítero, dio pruebas de intensa espiritualidad en la celebración de los divinos misterios y de amar a la liturgia. Murió el año 1483. Su cuerpo se conserva en la catedral de Faenza. El papa Clemente XIII confirmó su culto el año 1761.*



Del Común de santos y beatos O.S.M.

### Oficio de lectura

#### SEGUNDA LECTURA

De la carta del Pseudo Eusebio «Sobre la muerte de san Jerónimo»

(Caps. 17-18.27.32 passim: PL 22, 248-250. 256-257. 260-261)

*Pobres, humildes, misericordiosos, caritativos unos con otros*

Practicad la pobreza, para que sigáis las huellas de aquél que, a pesar de su condición divina [...] y en cuya casa hay riquezas y abundancia, se anonadó a sí mismo y tomó la condición de esclavo, haciéndose pobre e indigente. [Cristo] fue pobre y más que indigente durante toda su vida. Murió y fue sepultado en extrema pobreza. Por esto - como dice él mismo - las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza (Mt 8, 20). A los Apóstoles les manda que no lleven ni alforja ni dinero. Y a un joven le aconsejó que vendiera todo lo que tenía y lo diera a los pobres. [...] Es imposible acumular riquezas y al mismo tiempo seguir a Cristo. [...]

Si sois pobres, inclinados bajo la poderosa mano de Dios, para que no perdáis, Dios no lo permita, todo el bien que hacéis. La pobreza sin la humildad no agrada a Dios. Dios prefirió encarnarse de la Virgen María por su humildad más que por cualquier otra virtud. Así como de la única raíz de la soberbia nacen todos los males, así también de la única raíz de la humildad se originan todos los bienes. Aprended del Salvador, que es manso y humilde de corazón: Se rebajó, por nosotros, hasta someterse incluso a la muerte y una muerte de cruz (Flp 2, 8). Por esto os digo, si queréis ser humildes, sed obedientes a toda institución humana, a causa del Señor. Considerad, queridos hijos, que sois llamados «monjes», y esta palabra quiere decir «uno solo». No está bien que el monje tenga querer y no querer, a no ser en lo que se refiere al pecado. Así, pues, en vosotros el querer y el no querer ha de reducirse a una sola cosa: obediencia a todo lo que es bueno y lícito. [...]

Sed misericordiosos, como es misericordioso vuestro Padre (Lc 6, 36), que manda la lluvia sobre justos y pecadores y hace salir el sol sobre malos y buenos. Pues habrá un juicio sin misericordia para quien no practicó misericordia; pero la misericordia triunfa sobre el juicio. Si no perdonáis de corazón a los que os ofenden, tampoco vuestro Padre os perdonará. En vano pide misericordia el que la niega a los demás. *Soportáis* – dice el Apóstol – *que os esclavicen, que os abofeteen* (cf. 2Co 11, 20). En esto consiste la solidez de vuestra virtud; aquí reside todo vuestro premio y recompensa: en amar a los amigos en Dios y a los enemigos por Dios. Aquel siervo

malvado, después de haber obtenido misericordia, negó misericordia a su compañero, y así se hizo merecedor de la severidad de la justicia. La justicia sin la misericordia es crueldad, y por esto hay que juntar la misericordia a la justicia. Toda nuestra ley consiste en la misericordia. Dios, a causa del pecado, podía habernos condenado por su justicia, pero nos salvó por su misericordia. Por esto, el que carece de misericordia no es cristiano. Es imposible que un hombre misericordioso y piadoso no apacigüe la ira divina. *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia* (Mt 5, 7). Sobre todo el sacerdote y el monje sin misericordia son como una nave en alta mar agujereada por todas partes. [...].

Queridos míos, amaos los unos a los otros. Esto no lo he recibido de ningún hombre sino del Salvador. Él, en efecto, dice: *Éste es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros* (Jn 15, 12). Todas las virtudes descansan en el amor. Así como de una sola raíz salen muchas rama así también de la caridad se originan todas las virtudes. *Ya podría yo – dice el Apóstol- hablar la lengua de los hombres y de los ángeles, ya podría tener el don de profecía y conocer todos los secretos y todo el saber; podría tener fe como para mover montañas, si no tengo amor, no soy nada* (cf. 1Co 13, 1-2). El que tiene verdadera caridad es benigno y paciente. Tiene verdadera caridad el que no sólo ama al prójimo por un afecto natural de parentesco o de carne, como hacen los paganos y publicanos, sino el que ama al enemigo como a un amigo. Sólo en esto puede saber el hombre si permanece en la caridad, si es amado por su adversario. [...]

El que no tiene caridad, no tiene a Dios, porque *Dios es amor* (1Jn 4, 8), y el amor se identifica con Dios. Quien permanece en el amor, ya ha empezado a vivir en el cielo. En el cielo ha nacido la caridad de todos los bienaventurados. Donde hay verdadera caridad, no hay envidia, y no tiene cabida la ambición, ni la murmuración, ni la maledicencia, ni la burla, sino que todos tienen un mismo y único querer.

## RESPONSORIO

cf. Jn 5, 39; 2Tim 3, 14-15

R/. Estudia la Escritura, pues en ella encuentras vida eterna: \* Ella da testimonio a favor de Cristo (T.P. aleluya).

V/. La Escritura te dará el conocimiento de la salvación que tenemos por la fe en Cristo Jesús

R/. Ella da testimonio a favor de Cristo (T.P. aleluya).

O bien:

De la «Vida del beato Santiago Felipe de Faenza», escrita por Nicolás Borghese.

(Nm. 1-6.8 *Monumenta O.S.M., IV*, pp. 64-66)

*Se aplicaba con sumo interés al estudio de las enseñanzas evangélicas y de la sagrada Escritura.*

Santiago Felipe nació en Faenza de padres virtuosos y de modesta condición. Llamados Miserino de la Cella y y Dominga. Él antes de abrazar la vida religiosa, se llamaba Andrés. Acometido de ataques epilépticos a la edad de dos años, el padre hizo voto, si el hijo sanaba, de consagrarlo al Señor como fraile. Andrés desde tierna edad acudía con frecuencia a la iglesia. No se entregaba a los juegos y diversiones propios de su edad. Por temperamento fue más bien tímido y retraído y aficionado a la soledad.

En torno a los nueve años, el padre, en cumplimiento de su voto, lo agregó a la Orden de los Siervos de la bienaventurada Virgen María. En esta nueva vida recibió el nombre de fray Santiago Felipe. Una vez iniciado en la vida religiosa, siendo aún niño, empezó a sobresalir por la obediencia y exacta observancia de la Regla; llegado a la edad adulta practicaba a menudo ayunos y vigiliias. Se aplicaba con sumo interés al estudio de las enseñanzas evangélicas y de la sagrada Escritura. Parece que su alimento era la lectura asidua de la vida de los santos Padres y de los ejemplos de castidad, de obediencia, de humildad, de los santos. Desde muy joven se dedicó con tanto esmero a los

estudios literarios, que logró comprender con facilidad y exactitud las obras de autores cristianos y latinos de más fama. Conocía a la perfección las ceremonias rituales de la Iglesia y de la Orden y las rúbricas del breviario, y las observaba cuidadosamente.

Cubrió algunos cargos conventuales con plena satisfacción de los frailes. Era, en efecto, de temperamento afable, manso y servicial. Nunca se le vio alterado o airado. Cuando alguien lo ofendía, soportaba con ánimo sereno las injurias; él, por su parte, nunca ofendía a nadie. Fue siempre parco en el hablar: no sólo evitaba las palabras inconvenientes, sino también las inútiles; si alguna vez conversando, escuchaba expresiones obscenas, se le ensombrecía el rostro, corregía al importuno con breve admonición, y se alejaba.

Ordenado sacerdote, celebraba los divinos misterios con devoción y veneración incomparables, hasta llegar a derramar lágrimas; ninguno como él contemplaba tan profundamente el misterio de la cruz cuándo tenía entre las manos el Cuerpo de Cristo. Fue enemigo declarado del ocio, al que llamaba receptáculo de todos los vicios. Se reunía con los demás frailes para la celebración y canto de la oración coral; el tiempo que le quedaba lo pasaba en la celda ocupado en la oración o en la lectura; a veces recreaba su mente con trabajos manuales de bordado o taraceado: siempre estaba ocupado en algo. Paseaba por los corredores casi siempre solo, meditabundo y cabizbajo. Leía con avidez los libros sagrados y las obras de san Jerónimo, en especial se enfrascaba con la lectura del opúsculo [del Pseudo Eusebio] sobre la muerte de este santo. Llego un momento en que ya solo pensaba en las realidades eternas y se alimentaba más de las cosas celestiales que de los manjares corporales, puesto que comía una sola vez al día y se contentaba con un alimento parco y frugal; pero cuándo lo llamaba el superior, comía lo que estaba preparado para toda la comunidad. Los viernes, en memoria de la pasión del Señor, llevaba un cilicio y comía solo verduras.

Nada rehuía tanto como las alabanzas: [...] aunque todos lo tenían en gran aprecio, fue más estimado de Dios que de los hombres. A ejemplo del Salvador, quiso ser tenido en nada y despreciado: lo que más deseaba en su interior era agradar a Dios, su Padre y creador, y seguir las huellas de nuestro Redentor. [...] Pasó los últimos días de su vida enfermo; él no lo decía, pero en su semblante se manifestaba su precario estado; en efecto, cuándo le preguntaban cómo se encontraba, siempre respondía: «Bien, porque así lo quiere el Señor». Nunca se impacientó ni se quejó, ni siquiera al afrontar la muerte, y esa conducta observó toda su vida. Aunque estaba enfermo, no guardaba cama, sino que iba de un lado para otro. La vigilia de su muerte asistió al coro con los demás frailes para el canto de maitines; el día anterior por la mañana había celebrado la misa. [...] La tarde anterior al día de su muerte, visitó a cada uno de los frailes para pedirles humildemente perdón y para que lo recordarán en sus oraciones del día siguiente, porque estaba convencido que se acercaba su fin. A la edad de veinticinco años tornó victorioso a la patria celestial, el veinticinco de mayo hacia las tres de la tarde: era el domingo de la santísima Trinidad. Su estatura era algo más que mediana; era tan macilento que su piel estaba adherida a los huesos; tenía el rostro afilado, la nariz algo larga, los ojos hundidos, el cuello erguido, los dedos alargados; su tez era notablemente pálida.

## RESPONSORIO

*Cf. 2Tim 2, 22-24; Mt 11, 29*

**R/.** Procura llevar una vida de rectitud y de fe de amor y de paz, \* A un siervo de Dios conviene ser amable y dispuesto a enseñar (**T.P.** aleluya).

**V/.** Tomen mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón.

**R/.** A un siervo de Dios conviene ser amable y dispuesto a enseñar (**T.P.** aleluya).

*La oración conclusiva como en Laudes.*

## **Laudes**

**Benedictus, ant.**

El Señor acepta el sacrificio del justo, su memoria no se olvidara.

### **ORACIÓN**

Dios nuestro, que enriqueciste al beato Santiago Felipe con un gran conocimiento de la sagrada doctrina y le otorgaste el don de celebrar con fervor los divinos misterios, concédenos a nosotros una sed insaciable de ti, fuente única de sabiduría y amor. Por nuestro Señor Jesucristo.

## **Vísperas**

**Magnificat, ant.**

Dedícate a la lectura, a la exhortación,  
a la enseñanza. Ocúpate en estas cosas;  
vive entregado a ellas  
para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos.

**La oración conclusiva come en Laudes.**